

Manuel Segura Morales

Para reír y rezar

Desclée De Brouwer

Índice

Introducción	11
1. La cabeza sin estrenar	13
2. Razones para no suicidarse	17
3. ¿Es todo mala suerte?	21
4. Trabajar, pero no a horario fijo	23
5. La Lupe	27
6. La lotería	31
7. El SIDA voluntario	35
8. Encima o debajo de las migas	37
9. El teléfono de los primeros apóstoles	39
10. Automatismos del teléfono	43
11. El lego y el celibato	45
12. La voladura del colegio de los jesuitas	47
13. Sea la hora que sea	49
14. La novia que no era	51

PARA REÍR Y REZAR

15. Una novia muy gorda y un novio muy flaco	55
16. Los tres dijeron no	57
17. Dar lecciones al mejor del mundo.	61
18. Pujando en una subasta	63
19. Una cerveza en el mar	67
20. El coche de la policía	69
21. Pensamiento alternativo	73
22. Es lo que yo digo y punto.	77
23. Buenas ideas, con efecto retardado	81
24. No hay que dar facilidades...	83
25. Respuestas precipitadas	85
26. Errores explicables	89
27. Coches y rascacielos	93
28. Mucho cariño empalaga	95
29. Las bromas, oportunas	99
30. ¿Es pecado robar?	101
31. Un vaso de agua y un grito	105
32. El radiocasete extraíble.	109
33. Los diez mandamientos de Moisés	113
34. El monocultivo	117
35. Un tranvía que no se aparta.	121
36. ¿Alegres o tristes, al confesar?	125
37. Solamente fue dos veces a la iglesia	129

ÍNDICE

38. La barba de san José	133
39. Machismo y sentido común	135
40. Un cura escocés sospechoso.	139
41. Destrozar una imagen religiosa	143
42. Respetar el límite de velocidad.	145
43. Comerse una vaca, comprar una vaca	149
44. Usted no sabe con quién está hablando.	153
45. Caramelos y honradez heroica	157
46. 65.000 Euros sin discusión	161
47. ¿Pero era con paracaídas?	165
48. Distintos conceptos de limpieza	167
49. Albañiles españoles en Londres	171
50. Cocinera española en Inglaterra.	173
51. ¿Machismo o lluvia en Inglaterra?	177
52. Ordeñar o sacudir	179
53. Suspender a muchos alumnos.	181
54. Que pasen cosas para contarlas	183
55. Ventajas de la cultura.	187
56. Educados y no como nosotros	191
57. Un atropello en Sao Paulo	195
58. La moral y la conciencia propia	199

Introducción

Como se indica en el título, este es un libro para reír y para rezar. Es para reír, porque la gran mayoría de las anécdotas son divertidas, aunque no todas, pues hay algunas muy serias. Y es un libro para rezar, porque, como se sugiere al final de cada anécdota, los errores de nuestros hermanos los hombres y mujeres, sus meteduras de pata, sus despistes, son siempre motivos para reflexionar, para corregirnos nosotros y para pedir a Dios que nos dé sabiduría y sentido común.

Son anécdotas vividas por mí, o escuchadas de primera mano de cada uno de los protagonistas. Anécdotas que sucedieron en España, en Chile, en Paraguay o en Inglaterra.

Algunas surgieron en los más altos ambientes políticos, como cuando un Ministro de Agricultura del Paraguay, aconsejado en un acto público en Asunción, por un Ingeniero norteamericano, para que suprimiera el monocultivo, que estaba empobreciendo el campo, contestó que, en efecto, los monos eran el gran enemigo de los labradores paraguayos, ya que se comían las lentejas, el maní, la fruta: todo. Pero que el mejor método para exterminarlos no eran trampas ni medios químicos, sino a tiros.

Otras son anécdotas provenientes de ambientes bajos, como la cárcel, los centros de internamiento de Menores, la prostitu-

ción. Medios donde he tenido el gusto y el honor de haber trabajado apostólicamente durante muchas horas, muchos días.

Por supuesto, otras anécdotas las viví entre mis hermanos jesuitas, en un ambiente estupendo de amistad y compañerismo.

Aquí las tienes, querido lector. Ojalá te diviertan y te hagan pensar. Y tal vez te apetezca releerlas varias veces, para disfrutarlas más.

Podría contar muchas otras, pero estas creo que son suficientes para dedicar buenos ratos a reír y a rezar.

1

La cabeza sin estrenar

Durante muchos años, vengo explicando mi programa de competencia social a profesores de Primaria y Secundaria, también a grupos de padres y, con especial gusto y satisfacción, a profesores y psicólogos de prisiones o de centros de Menores. El programa está diseñado para conseguir tres objetivos: 1) enseñar a pensar, 2) enseñar a reconocer y controlar emociones y sentimientos, y 3) presentar a los alumnos los grandes valores morales, de modo que se les hagan atractivos y así los vayan asimilando sinceramente.

En una de las prisiones de España pude conocer a un interno que cumplía ocho años de condena por tráfico de armas: las traía del extranjero hábilmente escondidas y luego las vendía a malhechores de su ciudad. Era un hombre arrogante, muy seguro de sí mismo, que despreciaba los distintos cursos que se le ofrecían en la cárcel para prepararse a trabajar cuando obtuviera la libertad. No le interesaban los cursos de carpintería, de electricidad, de fontanería, de panadería, de mecánica del automóvil. Cursos “para idiotas” según él, y que no le iban a servir de nada una vez libre, pues él sabía muy bien cómo ganarse la vida fácilmente, traficando con armas o con droga.

Pero un día, unos compañeros, que habían hecho el curso de competencia social, le hablaron de lo interesante que era ese

curso, de lo bien que se lo habían pasado en aquellas clases tan divertidas y le recomendaron que lo hiciera él. Ese día cedió por fin y se inscribió en el próximo curso, que empezaba un mes más tarde. No lo daba yo personalmente, sino el equipo de psicólogos del Centro.

Hizo el curso, disfrutó con aquellas clases y aquellos juegos y como consecuencia práctica se comprometió para hacer un curso de panadería y pastelería, que empezaba por aquellas fechas.

Aprendió tan bien el oficio que ya cuando tuvo la libertad condicional pudo trabajar unas horas en una panadería y ganarse un dinerito. Y cuando tuvo la libertad total, fue contratado a tiempo completo en una buena panadería y pastelería, con lo cual la salida de la cárcel fue doblemente agradable, por la libertad y por tener trabajo desde el principio.

Mi estupenda sorpresa fue cuando, hace muy poco, me llama por teléfono y me dice: “don Manuel, le tengo que dar una buena noticia, bueno, en realidad son dos. Que acabo de inaugurar una panadería y pastelería mía y que me voy a casar con una mujer buena, trabajadora y que me quiere (y yo la quiero mucho) y vamos a formar una familia con mucha ilusión. Así que ya sabe, cuando venga aquí, tiene que hacer una visita a mi negocio y tiene que conocer a mi novia”.

Lo felicité con entusiasmo, de todo corazón y él me dijo: “¿se acuerda usted de cuando yo no tenía pensamiento alternativo y ante cualquier problema pensaba que la única solución era partírle la cara al otro? Y como tampoco tenía pensamiento consecuencial, no podía pensar en qué pasaría si yo hacía o decía tal cosa: no podía hablar de consecuencias hasta que las veía, es decir cuando ya habían pasado”.

Y me añadió, con gran sorpresa y regocijo mío: “es que antes de hacer el curso de competencia social, yo tenía la cabeza sin estrenar”.



Esa frase genial de mi amigo panadero, me recordó lo que dijo con tristeza nuestro gran don Antonio Machado: “De cada diez cabezas, nueve embisten y una piensa”. No cabe duda de que las cantidades que usa Machado son muy exageradas, llevado su autor por su pesimismo inteligente. Pero lo que es indudable es que la cabeza que no piensa, embiste. Por eso estoy tan contento de la frase de mi amigo, que antes de hacer el curso tenía la cabeza sin estrenar.

Todos tenemos el tesoro de la cabeza, con sus neuronas, sus axones y sus sinapsis. Pero no todos la usamos. Y la cabeza es la que tiene que controlar los momentos de violencia; la que tiene que vencer los momentos de indiferencia y desgana; la que tiene que recordarnos que hay varias soluciones, no una sola; la que tiene que hacernos ver que la justicia y la misericordia son mejores que la injusticia y el desprecio.

Ojalá que nadie, nunca, tuviera que decir con verdad que tiene la cabeza sin estrenar.

2

Razones para no suicidarse

Siempre que he podido, he ido con frecuencia a la cárcel del lugar donde estaba viviendo y al centro de Menores. Me han preocupado los delincuentes, que por conseguir lo que desean (algo material, dinero, vengarse, divertirse), pierden la libertad y luego, por haberla perdido y estar presos, destrozan su vida con la amargura y el resentimiento.

Tanto me han preocupado, que ya mi tesis doctoral fue sobre cómo se puede reeducar a los delincuentes, para que se integren con paz en la sociedad.

Un día, en la cárcel de Tenerife, en uno de los módulos tuve una charla, con los que quisieron venir, que fue un buen grupo. Les expliqué, de modo sencillo y claro, las ideas de Erich Fromm sobre la convivencia. Les dije que el deseo más profundo de todo corazón humano, hombre o mujer, es relacionarse. Y que, por eso, el miedo más profundo de todo ser humano es la soledad. De modo que si uno no es querido por nadie y no tiene a nadie a quien querer, está al borde de graves enfermedades mentales o del suicidio. Para ser personas, hay que saber relacionarse con los demás.

Cuando salimos al patio después de la charla, un grupito se me acercó para comentar esas ideas que les había expuesto. Uno

muy joven, que luego me dijo que tenía 27 años, me confesó con toda rotundidad: *si es verdad lo que dice ese señor, que quien no tiene a nadie no es persona, yo no soy una persona.*

Ahí fue cuando le pregunté su edad, 27 años. Y le dije: *Hom-bre, ¿con 27 años no tienes a nadie? Tu padre y tu madre deben estar vivos, así que por lo menos los tienes a ellos.* Entonces me contesta sin inmutarse y sin importarle que lo oyeran sus compañeros: *Mi madre es prostituta y yo creo que ni ella sabe quién fue mi padre y nunca me lo pudo decir. Respecto a ella, viví en su casa hasta mis doce años, con muchas peleas y muchos escándalos, como es natural en una casa de prostitutas. Yo no la aguantaba a ella y como ella tampoco me aguantaba a mí, a los doce años me echó a la calle.*

Le pregunté un poco incrédulo: *Si te echó a los doce años y ahora tienes veintisiete, ¿te has pasado quince años viviendo en la calle?* Y contesta tranquilamente: *quince años. Dormía entre cartones, me bañaba en el mar, vivía de lo que me daban o de tirarle del bolso a una señora mayor o entrar en un bar con una navaja, cuando sólo había una mujer al frente, y le pedía lo que hubiera en la caja. Así me metieron muchas veces en el Centro de Menores y allí pasaba una temporadilla comiendo gratis. Cuando ya cumplí los 18, me metían aquí en la cárcel y comía sin trabajar. Así hasta ahora, hasta esta última vez, que me metieron en el talego por robar un coche.*

Mi siguiente pregunta fue: *¿Y una chica, no quieres a ninguna y ninguna te quiere a ti?* A lo cual respondió, entre las risas de sus compañeros: *Una vez salí con una durante dos semanas, pero aquello no funcionó.*

Es decir, era verdad que no tenía nadie que le quisiera y nadie a quien querer. Entonces me volví a acordar de Fromm y le pregunté: *¿Y no has pensado nunca en suicidarte?* —*Muchas veces —me respondió— pero ¿sabe usted por qué no lo he hecho?*

En mi ya larga vida, he recibido muchas confidencias, he visto muchos llantos y he compartido muchas tristezas. Cuando esas tristezas eran insoportables, alguno me ha dicho *yo me mataría, porque ya la vida no tiene ningún sentido para mí. Pero ¿sabe usted por qué no me mato?*

Las razones que me han dado no eran muy variadas: “no lo hago por mi marido, no me suicido por mi mujer, no me mato por mis hijos que me necesitan, no lo hago porque soy creyente y sé que Dios no aprueba el suicidio”. Esas fueron las razones, una y otra vez.

Así que cuando aquel muchacho, en la cárcel, se ofreció a confesarme por qué no se suicidaba, yo esperaba oír alguna de esas razones tan sabidas. Pero me sorprendió al decirme: *No me mato, para no darles el gusto a los que no me pueden ver.*

No cabe duda de que es una respuesta original; no se mata por fastidiar, por seguir fastidiando.



Esas ideas de Fromm, leídas por millones de lectores de sus libros *El arte de amar* y *El miedo a la libertad*, conservan todo su valor. Tenemos que relacionarnos, pero no convirtiéndolo al otro en un esclavo nuestro, que sería sadismo, ni convirtiéndonos nosotros en esclavos de otra persona, que sería masoquismo. Tenemos que relacionarnos queriendo de verdad y dejándonos querer. Ya lo había dicho Jesucristo, cuando un doctor del judaísmo le preguntó cuál era el mandamiento principal de toda la Ley (el Talmud, comentario de la Ley ocupa trece gruesos volúmenes) y Jesús después de responderle que lo principal era amar a Dios con todo el corazón, añadió: *y el segundo mandamiento es similar a ese primero: “amarás al prójimo como a ti mismo”*.

Sin amor, sin amistad, sin compasión, sin compañerismo, sin solidaridad, no somos personas.

3

¿Es todo mala suerte?

Cuando yo visitaba la cárcel, una manera rápida y natural de entablar diálogo con un interno, era preguntarle por qué estaba allí. Claro que solo se lo preguntaba cuando yo sabía la respuesta; si no la sabía, no preguntaba para no “meter la pata”.

Algunos, la mayoría, contestaban con sinceridad y sencillez: por coger algunas cosas en un supermercado y no pagar, por llevarme un coche que no era mío, por matar a uno en una pelea y “cosillas” así.

Otros querían ocultar la causa por la que habían sido condenados a la cárcel y entonces yo les decía, amistosamente, que ya lo sabía, que había sido por esto o por lo otro, pero que quería saber si a él le parecía justo o no que lo metieran en la cárcel por eso.

En el caso especial de los gitanos, yo procuraba enterarme bien de la causa de su condena, pues la respuesta a mi pregunta era casi invariablemente “por mala suerte”, a lo cual yo respondía: *mala suerte que te cogieron, pero antes ¿qué habías hecho?*”. Y ahí ya entrábamos en materia.

Un día quise entablar conversación con un gitano muy simpático, del cual yo sabía que estaba en la cárcel “solamente” por haber matado a otro gitano de ocho puñaladas.

Lo saludo, empezamos a conversar y le pregunto amistosamente: *¿y tú por qué estás aquí?* La respuesta no me sorprendió: *por mala suerte. –Sí, hombre, mala suerte que te pilló la Policía, pero ¿qué habías hecho para que el juez te mandara para acá dentro?*

Y entonces me hizo una descripción muy clara del problema. *Don Manuel, usted mismo se va a dar cuenta de si fue mala suerte o no. Al que yo maté era mi cuñado, casado con mi hermana. Éramos amigos desde chicos y más desde que él entró en mi familia. Yo nunca llevo “jierros” (armas blancas) encima, pero ese día, me eché una navaja al bolsillo, por si acaso, pero sin mala intención. Y aunque nunca discutía ni me peleaba con mi cuñado, da la casualidad de que ese día discutimos muy fuerte y nos insultamos. Si yo no hubiera llevado navaja, todo hubiera quedado en los gritos o en algún empujón. Pero como llevaba navaja, la saqué y le di ocho puñaladas. No diga usted que no es mala suerte, discutir precisamente el día en que yo tenía una navaja en el bolsillo.*



¡Qué fácil es quitarnos la culpa y la responsabilidad y atribuir todos los resultados negativos a la suerte, a la mala suerte! Lo hacen los gitanos, lo hacen los alumnos universitarios que suspenden después de no haber estudiado, lo hacen los futbolistas cuando pierden un partido.

No se sabe bien dónde está el reino de la Mala Suerte ni cuántos mensajeros tiene disponibles, para ir a torcer las acciones de los humanos. Pero hay que reconocer que como excusa es bastante fuerte y hasta eficaz.

¿Tengo yo mala suerte en la vida o sé buscar la buena suerte con mi trabajo, mi constancia, mi entusiasmo en lo que hago?